



FamiliaUnida

Consultoría y Formación



P. EVARISTO SADA LC

De la escasez a la
abundancia

GUÍA DE
ACOMPañAMIENTO



RECONECTANDO

Porque el amor siempre puede crecer

30 de Mayo del 2020

9 AM a 2 PM

Hora Centro (CDMX)

TEMA 4: DE LA ESCASEZ A LA ABUNDANCIA

P. Evaristo Sada L.C.

MATERIAL DE REFLEXIÓN / ORACIONES

¿CÓMO SE LLAMA LA PIEDRA QUE YO TENGO QUE REMOVER?

a. Las mujeres llevan los aromas a la tumba, pero temen que el viaje sea en balde, porque una gran piedra sella la entrada al sepulcro. El camino de aquellas mujeres es también nuestro camino; se asemeja al camino de la salvación que hemos recorrido esta noche. Da la impresión de que todo en él acabe estrellándose contra una piedra: la belleza de la creación contra el drama del pecado; la liberación de la esclavitud contra la infidelidad a la Alianza; las promesas de los profetas contra la triste indiferencia del pueblo. Ocurre lo mismo en la historia de la Iglesia y en la de cada uno de nosotros: parece que el camino que se recorre nunca llega a la meta. De esta manera se puede ir deslizando la idea de que la frustración de la esperanza es la oscura ley de la vida. Hoy, sin embargo, descubrimos que nuestro camino no es en vano, que no termina delante de una piedra funeraria. Una frase sacude a las mujeres y cambia la historia: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24,5); ¿por qué pensáis que todo es inútil, que nadie puede remover vuestras piedras? ¿Por qué os entregáis a la resignación o al fracaso? La Pascua, hermanos y hermanas, es la fiesta de la remoción de las piedras.

Dios quita las piedras más duras, contra las que se estrellan las esperanzas y las expectativas: la muerte, el pecado, el miedo, la mundanidad. La historia humana no termina ante una piedra sepulcral, porque hoy descubre la «piedra viva» (cf. 1 P 2,4): Jesús resucitado. Nosotros, como Iglesia, estamos fundados en Él, e incluso cuando nos desanimamos, cuando sentimos la tentación de juzgarlo todo en base a nuestros fracasos, Él viene para hacerlo todo nuevo, para remover nuestras decepciones. Esta noche cada uno de nosotros está llamado a descubrir en el que está Vivo a aquél que remueve las piedras más pesadas del corazón. Preguntémonos, antes de nada: ¿cuál es la piedra que tengo que remover en mí, cómo se llama esta piedra?

A menudo la esperanza se ve obstaculizada por la piedra de la desconfianza. Cuando se afianza la idea de que todo va mal y de que, en el peor de los casos, no termina nunca, llegamos a creer con resignación que la muerte es más fuerte que la vida y nos convertimos en personas cínicas y burlonas, portadoras de un nocivo desaliento. Piedra sobre piedra, construimos dentro de nosotros un monumento a la insatisfacción, el sepulcro de la esperanza. Quejándonos de la vida, hacemos que la vida acabe siendo esclava de las quejas y espiritualmente enferma. Se va abriendo paso así una especie de psicología del sepulcro: todo termina allí, sin esperanza de salir con vida. Esta es, sin embargo, la pregunta hiriente de la Pascua: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? El Señor no vive en la resignación. Ha resucitado, no está allí; no lo busquéis donde nunca lo encontraréis: no es Dios de muertos, sino de vivos (cf. Mt 22,32).

¡No enterréis la esperanza!

Hay una segunda piedra que a menudo sella el corazón: la piedra del pecado. El pecado seduce, promete cosas fáciles e inmediatas, bienestar y éxito, pero luego deja dentro soledad y muerte. El pecado es buscar la vida entre los muertos, el sentido de la vida en las cosas que pasan. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? ¿Por qué no te decides a dejar ese pecado que, como una piedra en la entrada del corazón, impide que la luz divina entre? ¿Por qué no pones a Jesús, luz verdadera (cf. Jn 1,9), por encima de los destellos brillantes del dinero, de la carrera, del orgullo y del placer? ¿Por qué no le dices a las vanidades mundanas que no vives para ellas, sino para el Señor de la vida?

b. Volvamos a las mujeres que van al sepulcro de Jesús. Ante la piedra removida, se quedan asombradas; viendo a los ángeles, dice el Evangelio, quedaron «despavoridas» y con «las caras mirando al suelo» (Lc 24,5). No tienen el valor de levantar la mirada. Y cuántas veces nos sucede también a nosotros: preferimos permanecer encogidos en nuestros límites, encerrados en nuestros miedos. Es extraño: pero, ¿por qué lo hacemos? Porque a menudo, en la situación de clausura y de tristeza nosotros somos los protagonistas, porque es más fácil quedarnos solos en las habitaciones oscuras del corazón que abrirnos al Señor. Y sin embargo solo él eleva. Una poetisa escribió: «Ignoramos nuestra verdadera estatura, hasta que nos ponemos en pie» (E. Dickinson, *We never know how high we are*). El Señor nos llama a alzarnos, a levantarnos de nuevo con su Palabra, a mirar hacia arriba y a creer que estamos hechos para el Cielo, no para la tierra; para las alturas de la vida, no para las bajezas de la muerte: ¿por qué buscáis entre los muertos al que vive? Dios nos pide que miremos la vida como Él la mira, que siempre ve en cada uno de nosotros un núcleo de belleza imborrable. En el pecado, él ve hijos que hay que elevar de nuevo; en la muerte, hermanos para resucitar; en la desolación, corazones para consolar. No tengas miedo, por tanto: el Señor ama tu vida, incluso cuando tienes miedo de mirarla y vivirla. En Pascua te muestra cuánto te ama: hasta el punto de atravesarla toda, de experimentar la angustia, el abandono, la muerte y los infiernos para salir victorioso y decirte: “No estás solo, confía en mí”. Jesús es un especialista en transformar nuestras muertes en vida, nuestros lutos en danzas (cf. Sal 30,12); con Él también nosotros podemos cumplir la Pascua, es decir el paso: el paso de la cerrazón a la comunión, de la desolación al consuelo, del miedo a la confianza. No nos quedemos mirando el suelo con miedo, miremos a Jesús resucitado: su mirada nos infunde esperanza, porque nos dice que siempre somos amados y que, a pesar de todos los desastres que podemos hacer, su amor no cambia. Esta es la certeza no negociable de la vida: su amor no cambia. Preguntémonos: en la vida, ¿hacia dónde miro? ¿Contemplo ambientes sepulcrales o busco al que Vive?

c. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Las mujeres escuchan la llamada de los ángeles, que añaden: «Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea» (Lc 24,6). Esas mujeres habían olvidado la esperanza porque no recordaban las palabras de Jesús, su llamada acaecida en Galilea. Perdida la memoria viva de Jesús, se quedan mirando el sepulcro.

La fe necesita ir de nuevo a Galilea, reavivar el primer amor con Jesús, su llamada: recordarlo, es decir, literalmente volver a Él con el corazón. Es esencial volver a un amor vivo con el Señor, de lo contrario se tiene una fe de museo, no la fe de pascua. Pero

Jesús no es un personaje del pasado, es una persona que vive hoy; no se le conoce en los libros de historia, se le encuentra en la vida. Recordemos hoy cuando Jesús nos llamó, cuando venció nuestra oscuridad, nuestra resistencia, nuestros pecados, cómo tocó nuestros corazones con su Palabra. Hermanos y hermanas, volvamos a Galilea. Las mujeres, recordando a Jesús, abandonan el sepulcro. La Pascua nos enseña que el creyente se detiene por poco tiempo en el cementerio, porque está llamado a caminar al encuentro del que Vive. Preguntémonos: en mi vida, ¿hacia dónde camino? A veces nos dirigimos siempre y únicamente hacia nuestros problemas, que nunca faltan, y acudimos al Señor solo para que nos ayude. Pero entonces no es Jesús el que nos orienta sino nuestras necesidades. Y es siempre un buscar entre los muertos al que vive. Cuántas veces también, luego de habernos encontrado con el Señor, volvemos entre los muertos, vagando dentro de nosotros mismos para desenterrar arrepentimientos, remordimientos, heridas e insatisfacciones, sin dejar que el Resucitado nos transforme.

Queridos hermanos y hermanas, démosle al que Vive el lugar central en la vida. Pidamos la gracia de no dejarnos llevar por la corriente, por el mar de los problemas; de no ir a golpearnos con las piedras del pecado y los escollos de la desconfianza y el miedo. Busquémoslo a Él, dejémonos buscar por Él, busquémoslo a Él en todo y por encima de todo. Y con Él resurgiremos. (Homilía del Papa Francisco, 20 de abril de 2019)

ORACIÓN POR MI ESPOSO

Jesús, vengo a orar por mi esposo;
es el hombre que elegí para caminar juntos hasta el final de la vida,
para amarnos, construir una familia, disfrutar, ser felices y darte gloria.
Te pido que lo hagas un buen padre,
que nuestros hijos tengan en él un ejemplo a seguir.
Que sea un hombre de bien:
sincero, honrado, responsable y trabajador,
testimonio de vida cristiana y de amor a ti.
Bendícelo, Señor,
bendícelo en su camino y en su trabajo,
que su ángel de la guarda lo acompañe donde quiera que se encuentre.
Dale buenos amigos y ayúdalo a tomar decisiones acertadas.
Protégelo de todo mal,
líbralo de las malas compañías,
de los peligros de alma y cuerpo,
de los vicios y las insidias del demonio.
A mí, concédeme la gracia de amarlo como él necesita ser amado.
Que por mi forma de ser con él, por mis palabras, mi gestos y actitudes
él sienta tu amor y tu ternura, tu bondad y cercanía.
Dame la prudencia necesaria para saber hablar y saber callar,
para saber intervenir o dejar pasar,
para saber pedir y saber ceder,
para respetar y hacerme respetar.
Que sea capaz de perdonar como tú lo haces conmigo,
y que la paciencia y el espíritu de servicio que tú me tienes los tenga yo con él.
El sacrificio que esto me suponga,
te lo presento desde ahora como ofrenda agradable a ti,
por su propia salvación eterna, la de nuestros hijos y la mía.
Que la gracia conyugal que recibimos el día de nuestra boda
se mantenga viva y fuerte, como una llama ardiente, en cada momento presente.
Que seas tú quien reine en casa,
tus amores, tus leyes, tu estilo,
y no nuestros caprichos y pasiones.
Concédenos la gracia de permanecer unidos,
admirándonos y amándonos hasta la muerte,
y junto con nuestros hijos, alcanzar todos el cielo.
Gracias, Señor, por mi esposo,
lo confío a tu Sagrado Corazón, a tu Madre Santísima y a San José;
cúidalo mucho, es tu hijo y es el padre de mis hijos.
Amén.

(P. Evaristo Sada, LC)

ORACION POR MI ESPOSA

Jesús, vengo a orar por mi esposa,
es la mujer que tanto me atrajo y a quien yo elegí
para darle todo mi amor,
gozar la vida juntos, formar una familia y servirte.

Bendito seas, Señor, por esta hija tuya a quien tanto quiero,
es un don inmenso en mi vida, una increíble compañera de camino.
Gracias por darme tanto gozo, cariño y ternura a través de ella.
¡Tú sabes cuánto la valoro, cuánto la admiro y cuánto la necesito!

Pero siento que tantas veces no acierto a demostrárselo.
Aún sin pretenderlo, en ocasiones la hago sufrir
con mi frialdad y mis distancias,
con mis omisiones, silencios y evasiones,
con mi intolerancia, mi soberbia y mi egoísmo,
con mis palabras hirientes y mis actitudes violentas...
Sé bien que a ella le duele y a mí también me duele.
Me siento tan torpe en el amor, precisamente con la persona que más quiero.

Perdón, Señor.
Perdón por no darle a tu hija todo el amor y el respeto que merece.
Arranca de mí el corazón de piedra, dame un corazón de carne.
Ayúdame a amarla como ella necesita ser amada.
Quiero que a través de mí ella se sienta muy querida por ti,
que jamás experimente desamor, soledad o indiferencia.
Es tu hija, Señor, quiero darle lo mejor.
Quiero amarla tanto como tú amas a la Iglesia (cf Ef 5,25)

Cuídala y protégela como sólo Dios puede hacerlo.
En las adversidades, dale paciencia, aceptación y fortaleza.
Que no se inquiete porque las cosas no resulten perfectas, antes bien,
que la llene de paz saber que nos complacemos al verla entregarse sin límites ni medida.
¡Toda una vida de servicio incansable y amoroso por la familia!
Que tu mirada misericordiosa sane sus heridas,
que tu cayado de buen pastor le dé seguridad,
que, pase lo que pase, permanezcamos unidos para siempre,
y que tenga esperanza en el futuro de cada uno de nuestros hijos.
A toda la familia, danos la vida eterna contigo en el cielo.

(P. Evaristo Sada, LC)

ORACIÓN DE LOS ESPOSOS

Cuando nos casamos prometimos amarnos sin límites ni condiciones hasta el final de la vida. Lo hicimos entre tres, no solo dos: Tú, Espíritu Santo, fuiste parte de esa sagrada alianza. Hoy queremos suplicarte que infundas nueva vida, nueva fuerza, nueva frescura a nuestro amor conyugal. Que seamos unión el uno para el otro: transparencia del Amor Divino. Que por la ternura, la profundidad y la delicadeza de nuestro amor conozcamos el amor con que Tú nos amas. También nosotros, los dos juntos, queremos confirmarte lo mucho que te amamos. Permanezcamos los tres unidos en el Corazón de Jesús.

(Del libro: "Un minuto al día con el Espíritu Santo" 3/16; Evaristo Sada, LC)

ORACIÓN A LA SAGRADA FAMILIA

Jesús, María y José en vosotros contemplamos el esplendor del verdadero amor, a vosotros, confiados, nos dirigimos. Santa Familia de Nazaret, haz también de nuestras familias lugar de comunión y cenáculo de oración, auténticas escuelas del Evangelio y pequeñas iglesias domésticas. Santa Familia de Nazaret, que nunca más haya en las familias episodios de violencia, de cerrazón y división; que quien haya sido herido o escandalizado sea pronto consolado y curado. Santa Familia de Nazaret, haz tomar conciencia a todos del carácter sagrado e inviolable de la familia, de su belleza en el proyecto de Dios. Jesús, María y José, escuchad, acoged nuestra súplica. Amén.

(Oración compuesta por el Papa Francisco y ofrecida en la fiesta de la Familia Sagrada el 29 de diciembre de 2013.)